

«Me chirrían los oídos cuando oigo hablar de lujo democrático»

El escritor Abraham de Amézaga reivindica las cosas bien hechas y los placeres cotidianos, como conversar e ir al mercado sin prisas

:: GERARDO ELORRIAGA

BILBAO. Luis XIV tuvo la inteligencia de hacer de París la cuna de la excelencia y tal reputación atrajo a Abraham de Amézaga hacia la filología francesa y la ciudad ribereña del Sena. Este escritor y periodista bilbaíno acaba de impartir una conferencia sobre la influencia del 'savoir faire' al otro lado de la frontera, en el Instituto de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, entidad dependiente de la Universidad de la Sorbona de París. Quien fuera corresponsal de 'Vogue' reivindica el lujo desde una acepción ajena a sus connotaciones negativas. «Se asocia con algo de ricos, con objetos que cuestan mucho dinero, pero también hay vertientes que se hallan al alcance de la mano, incluso que son gratuitas», alega y recuerda que el Círculo Fortuny, que reúne a empresarios de dicho sector, ha solicitado a la Real Academia de la Len-

gua, una definición positiva. «Que se relacione con lo bien hecho, con la calidad».

Esa rehabilitación del lujo, tan denostado, va más allá y supone una apuesta por todo un modelo de vida. «Hablo de la 'slow life', de gozar de los sentidos, de ser dueños de nuestro tiempo, de conseguir el silencio cuando somos agredidos constantemente por el ruido, de disfrutar de conversaciones fabulosas y temas anodinos, del placer del diálogo, de compartir y poder ir a comprar sin prisas al mercado, o de acariciar la piel de la persona que amas», defiende y reclama consciencia respecto a los valores verdaderamente esenciales. «Podemos comprar menos, pero mejor; poseer poco, que ocupa menos espacio; gozar del arte de la simplicidad, que nos hace más libres».

Un paseo por los Jardines de Luxemburgo, escuchar 'Claro de luna'

«Podemos comprar menos, pero mejor; y poseer poco, que ocupa menos espacio»

de Debussy en buena compañía o leer 'El libro de los pequeños placeres' de Luis Racionero son algunos de los consejos que nos regala este esteta, radicado en París. Pero esta accesibilidad no implica una homogeneización. «Cuando se habla de democratización del lujo me chirrían los oídos», confiesa y alega que se trata de algo muy íntimo, que cada uno aprecia según sus intereses.

Desfiles de moda

Los abarrotados desfiles de moda, que él ha cubierto como periodista, evidencian esa expansión del lujo que detesta. «Parecen manifestaciones debido a ese afán común por la ostentación. No concibo comprar para que se vea», lamenta y rechaza el vestir con esmero para ser tratado mejor por los demás. «Yo vivo en una urbe bella que invita a cuidar tu atuendo para armonizar con el entorno».

Nada material puede convertirse en la más rutilante posesión, a su juicio. «El mayor lujo son las experiencias», arguye y sugiere ir contracorriente. «Me rebelo ante esas tendencias que priman el éxito en las redes sociales y la banalidad», advierte. «Prefiero disfrutar de los clásicos, comer menos y de calidad, o tener menos amigos, pero mejores».



Amézaga se rebela contra las redes sociales. :: PEDRO URRESTI